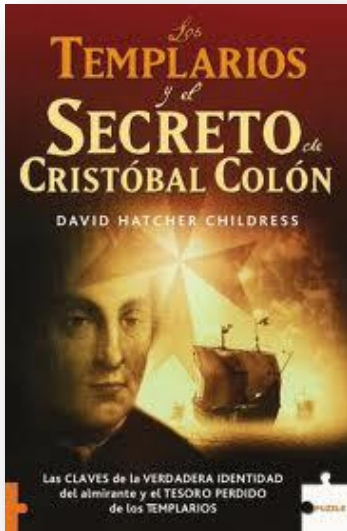


El secreto de Cristobal Colòn

Del Libro: El secreto de Cristóbal Colón Carrero, Luis María: El secreto de Cristóbal Colón, Col. Leer en español, Santillana, Madrid, 1994.



Que Cristóbal Colón llegó a América en 1492, lo dicen todos los libros de historia, pero ¿quién era en realidad ese hombre? ¿Cuáles eran sus sueños? ¿Qué le llevó a pensar en un nuevo camino para llegar a Asia por el Oeste, cuando para todos la idea era una locura? Este libro habla de quién era Colón, cuenta hechos históricos con un poco de ficción. Los fragmentos elegidos son dos: el prólogo, que sitúa el descubrimiento de América en un contexto histórico, y una parte del capítulo primero, donde se plantea la posibilidad de que Colón conociera a un marinero que le dio el mapa que le permitió años más tarde llegar a América. Este libro puede ofrecer una perspectiva nueva sobre el descubrimiento de América y es, además, un relato asequible y entretenido.

PRÓLOGO

El 9 de mayo de 1453, el Imperio turco se hizo dueño de la vieja ciudad de Constantinopla; para los países europeos, el comercio con Asia ya no era posible. Fue entonces cuando Portugal, abierto al Atlántico, empezó a buscar un nuevo camino por mar. El plan era sencillo, pero lento: seguir la costa de África, encontrar el paso al océano Índico, y desde allí ir hacia la India. En 1487, Bartolomé Días dio la vuelta al Cabo de Buena Esperanza: Portugal había encontrado su camino.

Por aquellas mismas fechas, un hombre llamado Cristóbal Colón, intentaba conseguir la ayuda de los reyes españoles, doña Isabel y don Fernando, para probar un camino distinto: él quería ir siempre hacia el Oeste, cruzando el Atlántico. Durante mucho tiempo Colón no pudo convencer a nadie. Todos pensaban que era un viaje imposible: los que no creían todavía que la Tierra era redonda, por supuesto, pero también los que sí lo creían; para éstos, la distancia entre Asia y Europa era demasiado grande. Sin embargo, por fin, en 1492, los Reyes Católicos decidieron ayudar a Colón. Este cambio de opinión fue importantísimo porque el 12 de octubre de ese mismo año, tres barcos españoles encontraban tierra al otro lado del Atlántico. De esta manera, Europa había llegado a América.

Quinientos años después, muchos aspectos de esta aventura siguen estando poco claros. ¿Quién era en verdad Cristóbal Colón, y qué esperaba conseguir con ese viaje? ¿Cómo tuvo la original idea de llegar a Asia por el Oeste? ¿Por qué conocía tan bien el camino que debía seguir? ¿Y por

qué lo ayudaron los Reyes Católicos después de tantos años sin querer escucharlo? Todas estas preguntas tienen su respuesta en El secreto de Cristóbal Colón. Este libro presenta, en forma de novela —pero de acuerdo con la verdad histórica—, parte de la vida de Colón: desde que llega a Portugal, hacia 1475, hasta su salida con tres barcos españoles hacia América en el verano de 1492.

Cuenta cómo al principio de la famosa aventura está el encuentro de Colón con un viejo marinero que le enseñó el camino del Oeste; y cómo, de esta manera se decidió el futuro de España y del mundo entero.

La existencia de este personaje no es completamente segura, es verdad. Pero, para muchos historiadores, es lo único que da sentido a las acciones de Colón y lleva luz a los rincones oscuros de la historia de su llegada a América.



CAPÍTULO I

Una noche del mes de agosto, año de 1478, en la pequeña isla de Puerto Santo Colón daba vueltas y más vueltas en la cama; no podía dormir por culpa del calor, húmedo y pesado. Esa misma tarde había vuelto de la isla de Madeira, donde había estado trabajando el último mes en algunos negocios. Estaba sólo en la casa. Su familia lo esperaba en Lisboa, hacia donde él iba a salir unos días más tarde.

Las horas pasaban muy lentamente. Cristóbal se levantó de la cama y salió a la terraza. También el cielo, muy claro, parecía despierto. La luz de la luna vestía la isla con el color de los sueños. No había viento y nada se movía. Desde hacía varios días, aquellos lugares vivían como en una nube; el mar, extrañamente quieto, parecía una sábana de aceite.

De repente, una luz se encendió allí abajo, cerca de la playa. Después otra, y otra más. Parecía que todo el pueblo se estaba despertando. ¿Qué ocurría? Sin pensarlo dos veces, Cristóbal se vistió y bajó deprisa. En las calles había mucha gente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Colón a un hombre que volvía de la playa.

—¡Hay unos marineros muertos en la playa!

El sol empezaba a salir, pero su luz, pálida todavía, no dejaba ver cuántos cuerpos había allí sobre la arena; tal vez eran diez, tal vez más. Los hombres los estaban recogiendo y los llevaban hacia el pueblo. Y Colón, con el miedo escrito en su mirada, recordó aquella noche, cuando él había llegado a Portugal y tan cerca de la muerte había estado también...

—¡Aquí! —gritó alguien desde el final de la playa—. ¡Aquí hay uno vivo!

Colón se acercó enseguida. Entre unas grandes piedras había un marinero mayor, vestido con un largo abrigo azul, con los ojos medio abiertos y la cara rota por el dolor.

Cuando Cristóbal le dio la mano, él se la cogió fuertemente, intentando decirle algo.

—Tranquilo, amigo mío —contestó Colón—. Ahora tenéis que descansar. ¡Llevalo a mi casa! —



gritó a los hombres de Puerto Santo que corrían hacia él.

—¡Decid al médico que vaya a casa de los Moniz!

Colón acostó al marinero en su cama, y con él, que casi no respiraba, esperó al médico. Éste apareció enseguida. Cuando, dos horas más tarde, salió de la habitación, movía la cabeza de un lado a otro.

—No hay nada que hacer —dijo en voz baja—. Este hombre se muere. Puede vivir todavía unas pocas horas. Pero, sin duda alguna, morirá. Igual que sus otros compañeros.

Tres días después, el marinero seguía vivo. Colón se ocupaba de él en todo momento. Pero el médico tenía razón: aquel hombre estaba cada vez más débil. Era una vida que se apagaba poco a poco bajo el fuego de una extraña enfermedad. Aquella tarde, mientras el sol se escondía detrás del mar, empezó a respirar muy pesadamente; luego, de repente, dio un grito y dijo una sola palabra: «Cibao».

Una y mil veces, durante la noche, escuchó Colón esa extraña palabra que el hombre repetía como un loco. Pero lo importante ocurrió durante la tarde del cuarto día. Se encontraba el genovés en el salón estudiando unos libros cuando oyó un ruido que venía del cuarto del enfermo. Su sorpresa no pudo ser mayor: el marinero había dejado la cama e intentaba llegar a la terraza.

—¡Dios mío! —gritó Cristóbal, mientras lo cogía por los brazos—. Deprisa, volved a la cama enseguida. ¿Qué es lo que queréis?

Pero cuando miró la cara del marinero, Colón se quedó sin palabras. Sus ojos eran duros como piedras y rojos como el fuego; parecían venir de otro mundo.

—¡El mar! —dijo con voz profunda el marinero—. El mar... —Colón levantó al enfermo, y sin saber lo que hacía, lo ayudó a llegar a la terraza. Allí delante estaba el Atlántico.

Durante unos momentos, Cristóbal creyó ver cómo una sonrisa aparecía en la cara del marinero. Entonces éste levantó su brazo, muy lentamente, en dirección al sol, al Oeste; y su mano se abrió un momento para cerrarse enseguida, como en un último intento por alcanzar aquel lugar donde el mar se hace cielo. Después, cayó en los brazos de Colón, que lo llevó de nuevo a la cama.

—No, no os vayáis —dijo entonces el enfermo a Cristóbal—. Ha llegado el momento de hablar.

—Será mejor que descanséis —contestó Colón.

—Tiempo tendré de descansar, dentro de poco. Ahora tengo algo que contaros. Decidme, ¿sois marinero? ¿Es esto Puerto Santo? ¿Y mis compañeros? ¿Están muertos?

Colón contestó a aquellas preguntas lo mejor que pudo. Le habló de su trabajo, de sus viajes, y le explicó que se encontraba en la casa de los Moniz.

—Yo conocí al gobernador —recordó el marinero—. Y estuve aquí, en su casa, más de una vez... Hablábamos de viajes... y de Guinea... más al sur aceite, todavía más al sur...

Sus palabras se perdían. Casi no podía respirar. Colón abrió las ventanas y las puertas para dejar entrar el aire de la tarde. Trajo un vaso de agua y, después de, el enfermo pareció encontrarse un poco mejor.

—Vos no me conocéis, ¿verdad?— le preguntó entonces el enfermo.

—No, señor, no os conozco, pero...

—¿Habéis oído hablar de la Santa Susana?

—Sí... sí, creo que sí. Era un barco portugués que hacía viajes a Guinea y que hace unos dos años desapareció en el mar... La gente dice que sus hombres murieron en algún lugar de África, al sur de las Canarias...

—¡Morir! —gritó el marinero, con una risa horrible—. Sí, ya todos estamos muertos. Ahora escuchad bien lo que voy a contaros, porque Dios os ha elegido. Y sólo vos conoceréis esta historia. Yo ya casi me he ido de este mundo... pero no quiero llevarme conmigo el secreto de la Santa Susana.

Veréis, mi nombre ahora no tiene importancia. Nací en un pequeño pueblo de pescadores y era muy joven cuando empecé a trabajar como marinero en Portugal. Yo fui de los primeros en viajar por África, hacia Guinea, y en conocer todas las rutas de estos mares. Así llegué a ser piloto de la Santa Susana. Hace dos años, a la vuelta de un viaje a Guinea, quisimos encontrar una nueva ruta hacia Portugal, más rápida que las otras. Pero, ya cerca de Cabo Verde, los vientos cambiaron de una manera muy extraña. El barco tomó de repente la dirección del oeste y nosotros no pudimos hacer nada para cambiarla. El barco iba más rápido que nunca, siempre hacia el oeste. Después de quince días así, mis hombres empezaron a asustarse. Sabían que nos encontrábamos en algún lugar del mundo que no conocía nadie, y que ya no era posible volver atrás. Cada mañana me preguntaban lo mismo: ¿qué nos esperaba al final de aquel viaje? Yo no lo sabía, no podía contestarles. La comida ya nos faltaba, estábamos preparados para morir, cuando entonces... Entonces, después de veinte o más días en aquel barco que no podíamos conducir... ¡vimos tierra!

Colón escuchaba en silencio la extraña historia, sin saber qué pensar. ¿A dónde había llegado la Santa Susana en su increíble viaje? ¿A Asia? Y, sin embargo, todo el mundo sabía que el mar era demasiado ancho entre Portugal y Asia... Tal vez aquel hombre se había vuelto loco, después de tantos días perdido en el mar. Pero, ¿y si lo que contaba era verdad? ¿Y si era posible encontrar tierra al otro lado del gran Atlántico?

La voz del marinero se hizo cada vez más débil; hablaba de las extrañas gentes y lugares de un mundo distinto, de sus islas, de sus costumbres. Repitió muchas veces más aquel nombre, Cibao¹, un lugar de esas tierras donde había visto montañas de oro. Y ya no dijo otra cosa en toda la noche. Cuando el sol iba a salir, el marinero volvió a llamar a Colón con la mano. Cristóbal se acercó para oírlo mejor.

—El abrigo —dijo lentamente el marinero—. Traedme el abrigo. Buscad el mapa. Ahora es vuestro. Dios lo ha querido así.

Colón sacó varios papeles de los bolsillos. Enseguida vio entre ellos un mapa, viejo y sucio. En él estaba dibujada la ruta de un viaje por mar: la ruta de la Santa Susana. Los otros papeles eran cartas escritas por el piloto.

—«Alonso Sánchez de Huelva» —leyó Cristóbal en una de ellas—. ¿Es éste vuestro nombre? Pero el marinero ya no podía contestar. Su cuerpo sin vida descansaba al fin, con la mirada perdida en el mar.

¹ Cibao (generalmente llamada El Cibao), es una región de la República Dominicana, ubicada en la parte norte del país. La palabra taína "Cibao", que significa "lugar donde abundan las rocas", fue originalmente aplicada a la Cordillera Central, y se utilizó durante la conquista española para referirse al valle rico y fértil entre las cordilleras Central y Septentrional.

uentes consultadas:

- <http://es.wikipedia.org/wiki/Cibao>
- <http://www.casadellibro.com/libro-el-secreto-de-cristobal-colon-la-flota-templaria-y-el-descubrimiento-de-america/2900001070180>
- <https://docs.google.com/viewer?url=http://www.nowtilus.com/descargas/Saber/secretocolonFRAGPROMObaja.pdf>
- https://docs.google.com/viewer?url=http://www.luigimasiello.it/sito_ericaintermedio/el_secreto_de_cristobal_colon.doc